

El regreso a clases, ¿desescalada o descalabrada?

Marcial Aviña Iglesias

En nuestro país, a pesar de la cascada informativa sobre los riesgos del coronavirus, la mayoría de las personas continúan escépticas. Como si se tratase de un mito, salen de sus casas sin tomar las medidas preventivas recomendadas por autoridades sanitarias, hacen fila sin guardar distancia, se acercan entre ellas y lo que es peor, a quienes sí nos protegemos nos miran como en son de guasa, es más, hasta llegan a realizar comentarios sarcásticos de cómo nos vemos. Ante una sociedad que piensa de esa forma, ¿madres y padres enviarán a sus hijos a la escuela con los aditamentos recomendados para evitar contagios?

Creo que quienes están conscientes sí lo harán—¡que son muy pocos! —, otros le cederán tal misión al personal de la escuela, digo, porque ese tipo de progenitores creen que con surtir la kilométrica lista de útiles escolares ya cumplieron. Espero que cuando acudan a las papelerías y se cercioren de que al ingresar a ellas tienen que traer cubrebocas, limpiarse las manos con gel antibacterial y únicamente podrán pasar de cinco en cinco para ser atendidos, les caiga el veinte de la magnitud, pero creo que ni así, únicamente harán el berrinche de lo que para ellos es una exageración.

Ahora imagínense si van a tomar con seriedad las medidas de higiene y prevención en las escuelas: no permitir el ingreso a personas con síntomas de enfermedad —*¡cómo, si mi hijo es muy inteligente, un resfriado no le quita sabiduría!*—; evitar el préstamo de objetos personales —*oye wey, préstame tu borrador tantito, ¿no?*—; limitar o suspender las actividades extraescolares —*si ya estuvieron más de tres meses sin ejercicio en casa y ahora les van a quitar hasta*

echarse una cascarita, ¡no la amuelen, miren lo gordo de Pepe!—; sólo se permitirán grupos de máximo 15 personas —¡no, si estamos en México!— o, en su defecto, aplicar medidas de aislamiento físico en las aulas, es decir, los más avanzados se quedan en sus hogares mientras los demás van a la escuela —¡ójigame no, a mi chamaco nadie me lo señala! Se imaginan lo que hablarán del pobrecito las argüenderas de las vecinas—; entre otras medidas de higiene.

Ahora ubiquémonos en el sándwich de la educación en México, el nivel medio superior, mejor conocido por la raza como *el bachillerato*, donde todos los días de clases es común ver gente corriendo alrededor y chocando uno con el otro. Un profesor de matemáticas frente a un grupo de 45 alumnos explicando la fórmula del chicharronero, mientras los de la tercera fila intercambian memes por WhatsApp. Pasada la media hora suena la chicharra y como la canción de Cri-Cri, “corren los caballitos”, directo a la cafetería, para luego, con sus platos repletos de comida, sentarse en las jardineras retejuntitos, mientras otros atiborran los baños.

Eso sin contar que horas antes algunos de estos alumnos tuvieron que madrugar después de un ajetreado fin de semana. A ver, ponte en sus huesitos, son las seis de la mañana y estás en medio de un sueño profundo —tú, la playa, bikinis, comida— y de repente... bip, bip, bip, bip, suena la alarma, tu cerebro te dice “qué aburrido tener que salir a la calle”. Sería maravilloso no bañarte, quedarte en pijama, viendo películas y comer en la cama, así es confinarte, sin que ningún pinche virus te lo imponga. Mientras tu padre piensa en lo complicado que es manejar a través del increíble tráfico con el que se topa para llegar a la escuela, es una moneda al aire a ver quién llega primero. Peor, si utilizas transporte público, ya debes saberte esa del chófer: recórranse, hay lugar atrás para-dos, o de papalote; así empieza la mañana con deporte extremo.

Clásico que con el tránsito kamikaze, la desmañanada —ten la plena seguridad de que los primeros días los pasarás en modo

de avión, por la falta de sueño entre el madrugar y las desveladas—, además de la eterna búsqueda para encontrar lugar de estacionamiento llegas tarde a tu primera clase y el Evenflo de tu profesor te tacha de irrespetuoso por el resto del semestre, y pese a ello debes de sonreírle —aunque internamente tienes ganas de gruñírle— como si lo que te dijo de neta, se tratase de una broma, bueno, ¡es mejor caerle bien desde la primera vez! Además de eso, vienen todos los problemas administrativos, pues resulta que hay errores en tu horario, en el expediente está mal escrito tu nombre o en el peor de los casos ni estabas matriculado, con todo este viacrucis, ¿a poco no crees que serías más feliz siendo un *nini*?

Así sería un día normal, sin pandemia que enfrentar. Ubiquémonos en nuestra realidad, dejando de lado el quilombo de las enseñanzas en línea y de la angustiante verdad de que no hubo competencia de ningún tipo en nuestros alumnos en los supuestos aprendizajes del distanciamiento, creo que, como gatos escaldados, hay que ordenar nuestro tejado. Seamos realistas, mientras no exista vacuna o medicamento eficaz, debemos convivir con un bicho al que nadie ve pero que, como asesino serial, al acecho de todos nosotros está. Como individuos sociales que somos se nos tuestan las habas por regresar a los cines, ir a tomar una cheve a los bares, estar un fin de semana en la playa, que los centros y plazas comerciales abran, sentarte con tus cuates en la banca de algún jardín, caminar por la ciudad con tu pareja o que regrese el fútbol, dejar atrás el aburrido *home office* y volver a las oficinas de verdad, o sea, poner la inconveniencia por encima de la muerte.

Con esa presión, además de las repercusiones del receso económico, nuestro sistema de gobierno, después de tres meses de confinamiento, ha establecido los llamados municipios “de la esperanza”, que son poblaciones donde se empiezan a retomar las actividades económicas de forma desescalada, ¡híjole mano, esto es como caminar entre objetos de cristal con

los ojos vendados! Vamos a una reapertura hasta el tope de incertidumbre. Regresando a los bachilleratos a esta “nueva normalidad”, porque mientras el virus no se pueda controlar, nuestro ritmo de vida no puede ser como el de antes, las cafeterías en las escuelas, además de mejorar la higiene, tendrán que restringir su ingreso, adiós al embotellamiento en los recesos, es más, hasta los horarios de éstos tendrían que ser específicos para cada grupo o llevar tu itacate, ¡regresa el Frutsi con los Pingüinos al refractario de plástico!

Para el uso de los baños públicos tendría que haber un personal de limpieza exclusivo para el control de acceso, un usuario a la vez y después de cada uso darle su chaineada con rete harto cloro; mientras que, para los talleres, laboratorios y módulos de cómputo, se tendría que especificar el número de usuarios, así como desinfectar las computadoras después de ser utilizadas. Habrá que erradicar en los estudiantes esa solidaria costumbre de prestarse los útiles escolares, para evitar contagios; en los recesos y durante las horas muertas el personal de la dirección de cada plantel deberá estar al pendiente de que los jóvenes guarden la sana distancia. Con tal de evitar aglomeraciones en los ingresos y salidas se deberá establecer horarios diferentes en los grupos tanto de un plantel, así como aquellos que comparten infraestructura. Los eventos de graduaciones serán cosa del pasado, el certificado de estudios y demás papelería oficial de egreso se tendrá que enviar por correo electrónico a cada alumno, y para tramitarlos será preciso hacerlo en línea.

Para ello es necesario generar, a partir de un trabajo colegiado entre personal sanitario —el que ha estado al frente en hospitales durante la pandemia, no aquellos que plácidamente están detrás de un escritorio—, profesores frente a grupo y padres de familia, un reglamento de salud e higiene en las escuelas donde se den a conocer las causas de riesgo de contagio dentro del ámbito escolar, así como proponer y adoptar las medidas para prevenirlos y vigilar que las mismas se cumplan; este documen-

to tendrá carácter obligatorio para todo el personal que labora en el bachillerato, ya que regula los deberes y limitaciones a los que deben sujetarse todos con relación a sus actividades dentro y fuera de las aulas, talleres, laboratorios y módulos de cómputo, así como la convivencia dentro de la escuela.

Si crees que la espera a salir de casa es horrible, recuerda que el regreso a clases implica acostumbrarse a nuevos hábitos, habituarse a horarios diferentes, como ya lo dijo el viejo Bob, *the times they are a-changin'* y con este COVID-19 aún más, lamentablemente como mamíferos sociales que somos, esperamos tanto tiempo confinados para comprender que algún día saldríamos a la calle y el virus ahí continúa, es cuando uno piensa si valió la pena meses de encierro para no aprender a vivir con él, mientras mi optimismo desciende peldaños al darme cuenta que el mundo no ha cambiado a pesar de todo esto.